

dos estén investidos del carácter sacerdotal, como han querido hacer ver algunos herejes, fundados en una palabra de Tertuliano mal entendida; sino que todos los fieles, sin necesidad de llevar este sagrado carácter, están, como el sacerdote encargado por Dios de ofrecer el sacrificio, asociados á él en tan importante función. Función tan santa, que algunos han creído deber decir, que un cristiano en el estado del pecado no podía, sin hacerse culpable de otro nuevo pecado, asistir al sacrificio. Acerca de este punto, yo sé bien lo que conviene pensar. Sé bien que es una doctrina errónea, y hasta escandalosa, pues ataca al precepto de la Iglesia, favorece el libertinaje, y quita al pecador uno de los medios mas poderosos que pueden serle útiles para su conversión. Porque, ¿qué puede hacer un pecador que sea mas saludable, mas edificante, mas á propósito para atraerse las gracias del cielo, que venir como el publicano al templo, y ofrecer allí, aunque indigno, el sacrificio propiciatorio, cuya principal virtud es aplacar la cólera de Dios? ¿Qué es lo que los Profetas recomendaban mas á los pecadores de su tiempo? Aplacar al Señor y á su justicia por medio de la oblación de las víctimas de la antigua ley. Y lo que entonces santificaba á los hombres ¿servirá ahora para condenarlos? Conste, pues, que esta es una opinión errónea, y que no debemos admitirla; pero desechándola, aténgome al principio en que está, mejor diré, en que parece estar fundada; del cual principio incontestable deduzco consecuencias que no deben hacernos temblar menos. Pues, si participamos del sacrificio como ministros, no exageraré si digo que tantos crímenes como allí se cometen, deben mirarse como otras tantas profanaciones; que una conversacion casi indiferente por su duración encierra dos ofensas graves; una particular, y de omisión, á aquellos santos dias en que se celebra el sacrificio; la otra comun, y de irreverencia ú omisión, al tiempo y dia en que esto pueda suceder; que el que no cumple con el mandamiento de la Iglesia, el que no vela y está siempre sobre sí, el que sin hacer el menor esfuerzo para recogerse y reconcentrarse en la mas grande acción del Cristianismo, deja impune y voluntariamente distraerse su espíritu, peca, y peca mortalmente. Si yo, repito, sacase ahora todas estas consecuencias, no por ello habria traspasado los límites de lo justo, puesto que tal es la opinión de los mas sensatos y sábios teólogos.

8. ¿Quién lo diría, hermanos míos? (Permitidme que sin insistir sobre los otros, trate particularmente de este desorden, de que se lamentaba el profeta Ezequiel, y del que hacia una pintura

tan semejante á lo que está pasando todos los dias entre nosotros). ¿Quién creyera, si tantas pruebas no nos lo estuvieran demostrando, que un cristiano elegido por Dios para ofrecerle un sacrificio tan divino y digno de adoracion, quisiese convertir el templo en un lugar de placer, y del mas infame placer; que mirase el sacrificio como una ocasion favorable á su impureza; que no asistiese á él con otro objeto que el de encontrar allí al objeto de su pasión; que sólo fuese á verle y ser visto de él, á rendirle homenaje, á manifestarle con criminales atenciones su cariño, á entregarse á los mas groseros deseos de un corazón corrompido? Con dolor hablo así, echándoos en cara vuestra vergüenza; pero no podria disimular sin ser prevaricador; mas vale, como dice san Cipriano, descubrir nuestras llagas para curarlas, que ocultarlas sin esperanza de remedio. Lo que os digo, repetidas veces lo han explicado ya los santos Padres. San Jerónimo y san Juan Crisóstomo no hablaban con mas dulzura que yo, cuando decian que la inocencia y la pureza corrian tanto peligro (¿no podian haber dicho mas?) en los santos lugares, como en las plazas públicas; que tan peligroso es á veces para una mujer cristiana, ó mejor dicho, para una mujer mundana, dejarse ver en el sacrificio, como en los círculos y reuniones del mundo; que en otros tiempos se consagraban las casas de los cristianos para convertirlas en templos, pero que ya los templos de Dios se habian convertido en casas de escándalo y amistades ilícitas. Estas eran sus expresiones, que vosotros podeis tomar como os plazca; pero, como quiera que las tomeis, siempre veré con dolor que se cumplan casi al pié de la letra entre nosotros, y que la calumnia que en tiempo de Tertuliano se levantó á los fieles, á saber, que las mas vergonzosas acciones tenian lugar á la sombra de los altares: *Inter aras lenocinia tractari* (Tert.); que esta reprehension, digo, que fue en los primeros siglos una impostura, sea en los nuestros una acusacion demasiado justa por desgracia.

9. Ahora bien, cristianos, ¿estais en estado de asistir al sacrificio en calidad de víctimas, de ser inmolados á la par de Jesucristo? ¿No debeis estar siempre allí con el mas profundo respeto? Oid lo que dice san Agustin: Jesucristo y la Iglesia forman un solo cuerpo; es, pues, imposible que el uno sea inmolado sin el otro. Y necesario es, puesto que el Hombre-Dios es el jefe de todos los fieles, y puesto que todos los fieles están unidos á él como miembros suyos, que al mismo tiempo que él es sacrificado por ellos, ellos lo sean igualmente con él; y que el Salvador del mundo ofrezca á

Dios en su persona á toda la Iglesia, en virtud de un acto por el cual su persona es ofrecida á Dios por la Iglesia toda. *Cum autem sit Christus Ecclesiae caput, et Ecclesia Christi corpus, tam ipsa per ipsum, quam ipse per ipsam, debet offerri.* (S. Aug.). Divina teología, de la cual se deduce que no debemos ir al sacrificio de nuestro Dios con otro sentimiento que el generoso y digno del apóstol santo Tomás: quiero decir, para morir espiritualmente con Nuestro Señor Jesucristo: *Eamus et nos, et moriamur cum eo.* (Joan. xi). Ahora bien, ¿cómo debe aparecer un cristiano cuando en su presencia se represente el soberano sacrificio del Dios y Señor á quien adora? Figuraos, hermanos míos, el estado de aquellas antiguas víctimas que para ser inmoladas al Señor colocaban los sacerdotes sobre el altar: estaban atadas, privadas del uso de sus sentidos, ardientes con el fuego del holocausto; sea este vuestro modelo. Como víctimas del sacrificio no sangriento que ofrecéis, y en el que vais á ser ofrecidos; como víctimas espirituales y racionales, sobre todo, segun las palabras de san Pedro: *Spirituales hostias* (I Petr. ii): es necesario que la Religión os ate y aplique respetuosamente al santo misterio; es necesario, digo, que os cubra los ojos, y que estos permanezcan cerrados para todos los objetos de la tierra; es necesario, en fin, que os consuma el fuego de la caridad. Pero si imitais el crimen de los sucesores de Aaron; si como ellos llevais al tabernáculo un fuego que le es extraño; si os dejais conducir allí por una viciosa costumbre; si lejos de sujetar vuestros sentidos, le dais una licencia profana; ¡ah! hermano mio, exclama san Juan Crisóstomo, siempre seréis una víctima; pero víctima de maldición, víctima, no de la misericordia, sino de la cólera y venganza de Dios.

10. ¿No es admirable, cristianos, que, como nota el sábio Pico de Mirandola, entre tantas religiones como ha habido en el mundo y que tanto tiempo han dominado en él, solo en la religion de Jesucristo hayan sido profanados los templos por sus propios súbditos? Se ha visto á los romanos violar el templo de los judíos, á los cristianos destrozár los ídolos del paganismo; pero ¿acaso, decid, se ha visto á los paganos derribar ellos mismos sus dioses, y hollar los sacrificios que les ofrecían? ¿Por qué esta diferencia? Creo haber dado ya con la razón; porque el enemigo de nuestra salvación no va á tentar á los paganos, ni á interrumpirlos en medio de sus sacrificios, porque estos son falsos, y por consiguiente el incienso que en ellos se quema va dirigido á él: mientras que para desviar-

nos del sacrificio de nuestros altares, y hacernos perder el fruto de él, emplea todas sus fuerzas, porque él es el verdadero sacrificio, el gran sacrificio tan glorioso para Dios como saludable para nosotros. Así que, por mas desórdenes, hermanos míos, á que esté expuesto el sacrificio de nuestra Religión, no desconfiemos de la religion que profesamos, y de la pureza de su culto. Á pesar de todos nuestros desórdenes, ella es y será siempre santa, porque los condena todos. Pero entremos en lo mas íntimo de nuestra alma, confundámonos, digámonos á nosotros mismos que es necesario que la religion de Jesucristo sea una religion mas que humana, puesto que siempre se sostiene á pesar de la irreligion de los cristianos, y que forzoso es que esta haya echado muy hondas raíces, para que en medio de tanta santidad haya tantos y tan obstinados impíos. En la segunda parte os explicaré como el sacrificio de la misa es soberano y doblemente respetable, por estar ofrecido á Dios, y por ser el mismo Dios la víctima ofrecida.

*Segunda parte: El sacrificio de la misa es un sacrificio altamente respetable, por ser el mismo Dios la víctima ofrecida en él.*

11. Dice san Juan Crisóstomo, y á mi ver con razón sobrada, que los templos en que nos reunimos para adorar á Dios son el mas augusto ornamento y el mas visible oprobio á la vez de nuestra Religión. El mas augusto ornamento, porque son diariamente santificados con el sacrificio de un Dios salvador, y el mas visible oprobio, porque este divino sacrificio, no por sí, sino por nuestro libertinaje, proporciona con frecuencia á los cristianos ocasion de deshonorar la casa de Dios. Así hablaba aquel santo Obispo, lamentándose de los escándalos que se cometían al pié de los altares, y durante el sacrificio de la ley de la gracia. Añadiré á esto las palabras de Guillermo de París, que os ruego oigais con atención; porque no son ciertamente menos sólidas é interesantes. Aun cuando viviésemos, dice este sábio varon, segun la antigua ley, y no tuviésemos otros sacrificios que los imperfectos, cuyo uso estableció Dios por medio de Moisés, su elegido; siempre sería preciso que asistiésemos á ellos con temor y recogimiento; siempre sería preciso que respetásemos aquellas carnes muertas, que venerásemos aquellos toros degollados y sangrientos, que nos prosternásemos delante de aquellos altares cargados de oblações y primicias de la tierra. Eran criaturas, es verdad; pero aquellas criaturas eran las víctimas

y los holocaustos del Dios vivo, y esto solo las elevaba á un órden superior, y consagraba. Ved sino, hermanos míos, prosigue el mismo Doctor, con cuánta reverencia no queria Dios que los judíos entrasen en el santuario para ofrecerle sacrificios y la sangre de los animales que inmolaban. Ved sino con cuánto cuidado no los preparaba; cuántos preceptos, cuántas ceremonias, cuántas prácticas, cuántas purificaciones no les prescribia. Apenas, para contener estas reglas, han bastado libros enteros de la Escritura. Pero admirad todavía mas la constancia de aquel pueblo, tan indócil y grosero por otra parte, en cumplir con este deber. En los mas inminentes peligros, en medio de los desórdenes de la guerra, en el sitio mismo de Jerusalem, nada pudo hacerles faltar á este culto exterior, ni á la solemnidad de sus piadosas fiestas y sacrificios. Esto, decia un autor en tiempo de los Apóstoles, sorprendió extraordinariamente al general del ejército romano; y aunque pagano y enemigo de la ley de Dios, no pudo menos de elogiar el celo y la religion de aquellos fieles: *Stupebat Pompejus acres virorum animos, à quibus in medio belli furor, sacrorum reverentia nihil defuit.* (Heges.) Tal era el carácter de aquella nacion. El Salvador del mundo le echó en cara todos los demás vicios; pero jamás les acusó de impiedad en los sacrificios que ofrecian á Dios. Sin embargo, cristianos, ¿qué eran sus mas solemnes sacrificios mas que sombras y figuras del sacrificio de la nueva ley? Pero esto era bastante para ellos, añade san Agustín, y yo digo que para hacerles venerar aquellas sombras y figuras era suficiente que estas fuesen figuras y sombras del gran sacrificio que los Profetas les habian anunciado. Era suficiente, sí, para llenarles de un santo temor cuantas veces asistían á la inmolacion de aquellas víctimas, que, aunque viles y abyectas, les representaban la víctima pura y preciosa, la hostia divina que debía ser inmolada por ellos y por nosotros. ¿Qué hubieran pensado, que hubieran hecho, si hubiesen visto como nosotros la verdad? Y nosotros, ¿qué debemos hacer ahora? Voy á contentarme con proponeros, mas bien en forma de meditacion que de discurso, tres consideraciones que concluiré aplicándome á mí mismo. Escuchadme.

12. Primera consideracion. Cuando asisto al sacrificio que celebra la Iglesia, asisto al sacrificio de la muerte de un Dios, ofrecido en el Calvario; consumado por Jesucristo en la cruz, y por el cual, en fin, hablando con el Apóstol, consintió el Hombre-Dios el ser destruido y aniquilado. No es esta una suposicion, es un punto

de fe. Asisto á un sacrificio cuya víctima real y verdadera es el mismo Dios, á quien sirvo y adoro. Por consecuencia, debo deducir y debéis deducir conmigo: «Si con mis respetos y adoraciones no ensalzo tanto como sería justo las humillaciones del Salvador de los hombres; si á las humillaciones de su cruz, que se renuevan hoy á mis ojos, añado aquellas que resultan de mis irreverencias y escándalos; si contemplándole sobre el altar no se rompe mi corazón como se rompieron las piedras en el momento en que espiró; si esta hostia moribunda no hace nacer en mi alma una compuncion tan viva y religiosa como lo fue el dolor del Centurion y el de los judíos que se convirtieron en su muerte; si con visibles ultrajes insulto aun su agonía como los soldados y verdugos que le crucificaron, ¡ah! ¿no seré digno de sus mas rigurosas venganzas, y del anatema que llevan sobre su frente los impíos?»

13. Segunda consideracion. ¿Por qué este Dios de misericordia se inmola á sí mismo en el sacrificio de nuestros altares? Para enseñarnos, dicen los santos Padres, lo que no podemos aprender mas que de él, para ayudarnos á hacer lo que no podemos hacer sin él, y mas que por él; quiero decir, á honrar á Dios tanto como él merece y exige de nosotros. Para esto, añade santo Tomás, era preciso un objeto de valor infinito ofrecido de una manera tambien infinita. Este objeto de infinito valor es Jesucristo, incluido en el sagrado misterio. Este asunto, ofrecido de una manera tambien infinita, es Jesucristo víctima, Jesucristo humillado y sacrificado, segun la prediccion de Malaquías, en todos los tiempos y en todos los lugares del mundo. Hé aquí lo que Dios exige de nosotros y lo que á sus expensas ha venido á enseñarnos. Este sacrificio de su cuerpo y de su sangre es la prueba auténtica que nos ofrece, y la perpétua leccion que quiere que recibamos. Cuantas veces acudimos á presenciarse su sacrificio, ¿qué es lo que nos dice este sublime Maestro? Allí, hermanos míos, su sangre divina, mas elocuente que la de Abel, parece que nos está gritando sin cesar aquellas palabras que el Salvador decia á los judíos: *Ego honorifico Patrem.* (Joan. VIII). ¿Quereis saber qué es lo que hago aquí? honro á mi Padre, glorifico á mi Padre, doy satisfaccion á su justicia, reparo las injurias que ha recibido, y restablezco sus intereses; hago triunfar su misericordia, brillar su poder, reconocer su santidad; le rindo, en fin, un homenaje igual á su grandeza. Tal es el designio que me hace descender invisiblemente al altar, tomar en manos del sacerdote un nuevo ser, sufrir en el mismo sentido una segunda muer-

te: *Ego honorifico Patrem*. Sí, cristianos, así nos habla, y por si no nos aprovechamos de su ejemplo, oíd lo que añade: *Et vos inhonorastis me*. (Ibid.). Pero vosotros no parece sino que os empeñáis en destruir con el mas criminal de los atentados todo lo que respecta al honor de mi Padre, en el sacrificio de mi humanidad, y los ultrajes que él recibe de vosotros recaen sobre mí luego. Mientras yo en su presencia oscurezcó toda mi gloria y me sepulto con toda mi grandeza, vosotros os alzais delante de él y contra él con loco orgullo. Yo le ofrezco en mi persona á un Dios humillado, sumiso y obediente; y vosotros venís á desplegar con ostentacion á sus ojos todo el fausto del mundo, todo el vano esplendor de las pompas humanas. Yo, al ofrecerle mi cuerpo, le ofrezco una carne inocente y virginal; y vosotros venís á excitar y alimentar al pié mismo de sus altares los brutales apetitos de una carne criminal é impura. Yo me afo en corresponder al fuego de su amor con un amor sagrado y emanado de su seno; y vosotros, en su templo y hasta á sus mismos piés, solo pensais en inspirar, con desnudeces inmodestas, con posturas indecentes, con ademanes libres y sin pudor, un amor sensual. Yo empleo todos los atractivos de mi gracia en santificar y atraerme á las almas; y vosotros empleais todos los artificios y encantos de vuestro libertinaje mundano en corromperlas y arrebátarmelas. ¿Es este modo de honrarle? ¿No es el mas á propósito para destruir todos mis designios, manifestándole el mas insolente desprecio? *Et vos inhonorastis me*. Pero ¿quereis, en efecto, cristianos, honrarle como debe serlo y como exige de vosotros? Id, como Jesucristo, oscuros y desconocidos, á prosternaros delante de su suprema Majestad, y haced en presencia de su grandeza humilde confesion de vuestra indignidad. Id, como Jesucristo, obedientes y sumisos á la voz de sus ministros, á énsalzar su poder con humildad perfecta, y á demostrarle una obediencia completa y sin reserva. Id, como Jesucristo, á ofrecerle el homenaje de su Hijo, sus humillaciones, su sangre, sus sufrimientos, su pasion, su muerte; en una palabra, todos sus méritos; y tratad de ponerlos mas y mas cada dia en estado de glorificarle. Id á entregaros, á inmolaros á vosotros mismos, ya que no con un sacrificio carnal y verdadero, con un total sacrificio de los deseos desarreglados de vuestro corazon. Así os lo enseña ese Dios, víctima de la gloria de un Dios soberano, y modelo vuestro: *Ego honorifico Patrem*.

14. Tercera consideracion. ¿Qué mas hace Jesucristo en el sacrificio de que os hablo? confundámonos, cristianos, y avergoncé-

monos de nuestra insensibilidad. No solo enseña á los hombres á honrar á Dios, sino que además trata de reconciliarlos con Dios. Como mediador, compadece su causa, y ofrece el precio de su redencion. No se contenta con decir que glorifica á su Padre: *Ego honorifico Patrem*; sino que además se dirige á él, y señalándole á los fieles reunidos, le dice con secreta voz: *Ego pro eis sanctifico me ipsum* (Joan. xvii); lo cual, segun explica san Jerónimo, quiere decir: me doy á mí mismo, me sacrifico por ellos. Palabras, añade el santo Doctor, que únicamente convenian á las víctimas, y de las cuales se sirvió por primera vez el Salvador de los hombres al instituir esta divina Pascua, en la que en efecto se consagraba á los pecadores; palabras que repite todos los dias, y que repetirá hasta el fin de los siglos, cuantas veces sea ofrecido en nuestros altares: *Ego pro eis sanctifico me ipsum*. Sí, Padre mio, aquí estoy para ellos; esto es, para todos los hombres en general, y en particular para mi Iglesia; y especialmente para aquellos que veis en vuestra casa y al lado de vuestro santuario, ocupados en este momento, ó debiéndolo estar al menos, en este misterio de salvacion. Recibidlos, Dios mio, en vuestra gracia; son criminales, es verdad; pero vedme en su lugar pronto á satisfaceros, y ¿qué no podrán reparar las satisfacciones infinitas de un Dios como Vos? *Ego pro eis sanctifico me ipsum*.

15. ¡Ah! hermanos míos, dice san Bernardo, reduciendo á una figura, á una imágen palpable esta importante verdad: mi causa era desesperada, estaba perdida; el soberano Juez iba á pronunciar contra mí una sentencia de muerte; pero el hijo único del príncipe lo sabe, y ¿qué hace? Compadecido, se pone en mi lugar y quiere sufrir la pena de mi pecado. Con este objeto, sale de su palacio; se despoja de todas las señales de su grandeza, gime, ruega, corre á ofrecerse á la justicia de su padre. Hermosa imágen, por cierto, cristianos, de lo que hace Jesucristo en el sacrificio de su cuerpo y sangre. ¿Cuántas veces, prosigue san Bernardo, sin estar avisado del peligro que corria, y léjos de pensar en él, me detenía distraído, veía de repente á mi Rey penitente y humillado; me acercaba, preguntábale la causa de sus penas, y venía á recordar al fin que yo era quien habia motivado sus padecimientos! ¿No vemos esto mismo todos los dias en el altar? ¿Ahora, proseguia el mismo santo Padre, osaré volver á mis primeras distracciones? ¿Qué digo? ¿osaré todavía mirar como juego y entretenimiento el sacrificio de mi Salvador? ¿Seré tan insensato que mezcle á sus gemidos

y lágrimas risas profanas y escandalosas? *Adhucne ludam et deludam lacrymas ejus?* (S. Bern.). Interesante pensamiento que san Juan de Jerusalem expresaba en términos menos figurados, pero no menos enérgicos. Examinad, decia, considerad lo que está pasando á vuestros ojos; para vosotros ha sido erigido ahí ese altar: *Pro te mensa mysteriis extracta est.* (S. Joan. Jerósol.). Por vosotros va á ser inmolado el Cordero: *Pro te Agnus immolatur.* Por vosotros es por quien se interesa y pide el sacerdote: *Pro te angitur sacerdos.* Vosotros sois los culpables, cuyo perdon solicita, y en virtud de ese sacrificio, que es el pacto y contrato que ha de mediar antes de que este perdon os sea concedido, se os concede y perdona; juzgad ahora, y ved qué sentimientos deben ocuparos en este sacrificio de expiacion. ¿No creéis que deben ser los de un pecador contrito y reconocido? De un pecador contrito, porque, por medio de la penitencia y contricion, ha de quedar asentado y ratificado el tratado de paz que se negoció entre Dios y vosotros; y así como el Apóstol realizaba en su cuerpo lo que faltaba á la pasion de Jesucristo, así nosotros debemos completar lo que falta al sacrificio de Jesucristo. De un pecador reconocido, ante el recuerdo y la consideracion de las infinitas misericordias de un Dios, que aunque tan ofendido y aunque juez, se ofrece á sí mismo para rescatarnos, en prenda de nuestra salvacion. David decia: ¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? *Quid retribuam Domino?* (Psalm. cxv). Tomaré el cáliz de mi Salvador, é invocaré el nombre de mi Dios: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo.* (Ibid.). No es suficiente aun, proseguia aquel santo Rey; le bendeciré mil veces invocándole; y sin olvidar jamás los favores de que me ha colmado, estaré ofreciéndole sin cesar el justo tributo de mi amor, y el sacrificio de mis alabanzas: *Laudans, invocabo Dominum.* (Psalm. xvii). Tal debe ser nuestra cotidiana ocupacion delante del altar.

16. Pero tal vez, amados oyentes míos, no esteis aun bien persuadidos de la verdad y grandeza de este divino misterio; tal vez una secreta infidelidad sea causa de tantos desórdenes como ante él se cometen: procuremos descubrir el origen. Cuando se os dice que este sacrificio es la renovacion de la muerte de vuestro Dios, y la consumacion de la grande obra de vuestra salvacion, acaso os cueste trabajo el comprenderlo. Sin abrigar pretensiones de convenceros, voy, sin embargo, á añadir algunas palabras dirigidas á este objeto. Ó creéis lo que la fe nos enseña acerca del sacrificio propio de nuestra Religion, ó no lo creéis; como quiera que sea, no teneis

disculpa; porque si creéis que es un sacrificio ofrecido al verdadero Dios, y en el que él mismo se ofrece, sois en cierto modo mas criminales que los judíos, mas criminales que tantos herejes cuyas sacrilegas profanaciones os causan horror sin duda. Es verdad que los judíos, como dice san Pablo, han crucificado al Señor de la gloria; pero tambien lo es que ellos no le conocian, y que si le hubieran conocido, no hubieran puesto en él sus manos parricidas: *Si enim cognovissent, nunquam Dominum glorie crucifixissent.* (I Cor. ii). Es verdad que los herejes han destruido sus templos, manchado sus altares, hecho pedazos sus tabernáculos, y hollado con sus piés la majestad divina; pero en esto eran consecuentes con los errores de su religion. Mas vosotros, contradiciendo á vuestras creencias, siendo á la vez fieles é infieles, fieles por religion y conveniencia, infieles en las costumbres y en la práctica, profanais lo mismo que adorais. Si la fe os falta, si no quereis creer que Jesucristo esté presente en lo que nosotros llamamos *su sacrificio*, ¿por qué asistís á él? ¿Por qué no os quitais la máscara, en vez de mirar como un deber el celebrar con nosotros nuestras fiestas, y el obedecer á una ley, que segun vuestras falsas ideas no es un mandamiento ni una obligacion para vosotros? ¡Ah! cristianos, ¿á qué extremo nos reducís? nos obligais á dudar de vuestra fe, á desear que os aparteis de la comunion de los fieles, que os desterreis de nuestras reuniones, y que no tomeis parte alguna en nuestras ceremonias. ¿Qué digo? no, hermanos míos, no es este mi deseo; otro es el fruto que espero alcanzar de este discurso. Juntos iremos á la santa montaña á hacer sacrificios al Señor; desde hoy, el Señor será únicamente quien nos guie y conduzca. Irems á postrarnos delante de él, á conversar con él, á unirnos á él. Irems á ofrecerle nuestros homenajes, y él los agradecerá; á ofrecerle nuestros votos, y él los escuchará; á pedirle su gracia, y él la derramará con abundancia sobre nosotros. Irems á reparar nuestros escándalos pasados, á santificar á la Iglesia, á santificarnos á nosotros mismos. Irems á lavarlos, á purificarnos con la sangre de aquella divina hostia, que ha de ser el premio de la bienaventurada eternidad que os deseo, etc.